

**H**oy se levantó viento del oeste que es poco común en las playas del sur. Sopla caliente y levanta bastante arena. El mar sin embargo está como los días con sudestada, muy picado mar adentro y con fuertes y grandes olas en la orilla. Hay desde temprano unos cuantos surfers en el agua y a cada rato llegan más. Las otras personas, que no son muchas, apenas se mojan los pies y pasan a estar de un momento a otro con el agua bajo las plantas o sobre las rodillas. El mar avanza y retrocede con fuerza, con olas muy desordenadas y gordas de espuma blanca. Cada tanto una ráfaga de viento hace pompones de espuma y los lleva volando rasando la orilla. La bandera está roja, de prohibido bañarse. Es 4 de enero, si el día estuviera menos ventoso o más soleado seguramente seríamos muchos más. Hoy somos casi solo los locales, el guardavidas, las chicas de administración, los carperos, la señora que hace años atiende el baño, los chicos del estacionamiento, la pareja que este año tomo la concesión del bar, algunos clientes del balneario, la mayoría marplatenses y algunos turistas en la orilla, en el sector público. Hoy, por los fuertes vientos se cortó la soga que ya en enero delimita el sector de los que pagamos, por un espacio de sombra para nosotros y el auto, y los que gratis vienen a acampar al sol. Digo acampar porque este año veo aparecer muchas carpas estilo camping, que si bien dan sombra han de ser muy calientes al sol sin ventilación. Yo alquilo sombrilla por la temporada, en las carpas me siento encerrada. La sombrilla te permite vistas 360°, en cambio la carpa te limita a 90°. Hoy Juan no puso mi sombrilla cuando me vio llegar. Estos días así se vuela todo y es peligroso abrirlas porque pueden volarse. Las chicas de administración me ofrecieron una carpa, que agradecí, pero me vine a escribir a la terraza del bar. La vista del mar desde acá arriba es lindísima.

Ahora el viento sopla tan fuerte que las olas chocan entre sí formando triángulos en la orilla, ya perdieron su cadencia natural, como si las ráfagas la sacaran de eje. Una carpa naranja resiste milagrosamente con una familia que vino con su perro salchicha. No se ve a nadie por fuera de la carpa. Me pregunto cómo entraron todos. Creí ver a dos adultos y dos chicos, más el salchicha. Quizá estén dentro del bar, ya que no los vi llegar con heladeras ni botellas.

Desde el este por la orilla dos muchachos negros, de esos color azul africano, intentan enrollar una manta con bijouterie para que no se vuele. Tienen las pantorrillas más bellas que he visto. Recuerdo que solían gustarme las mías en mi adolescencia. Me gustan los huesos largos, las rodillas huesudas con astillas esas que pinchan en la cama haciendo cucharita.

El bar que está al lado de la terraza desde donde escribo se llenó. Están todas las mesas ocupadas, detrás del vidrio veo a la familia de la carpa naranja, no veo al salchicha pero sé que son ellos. En el rato en que fui a ducharme deben haber levantado la carpa porque ya no está y el salchicha tampoco. El hijo menor está mirando sin tocar una

hamburguesa que sobresale por su redondez de un ovalado pebete. No se anima. La hermanita juega con un celular de funda rosa. Quien yo supongo es el padre mira detenidamente el menú. Lo separa de su mujer una botella de Quilmes casi vacía. El celular suena y el hermano mayor se lo saca de las manos, lo lleva al oído y empieza una conversación monosilábica, sí, no, naaaa, su cara es de pocos amigos. La nena está ahora queriendo sacarse la margarita de goma que le adorna las ojotas, insiste haciendo un torniquete para ver si se desprende. La madre se revisa el esmalte saltado de las uñas color coral. Mira a su alrededor y sigue en su tarea. La hamburguesa ya no está en el plato, entre sílaba y sílaba el nene la deglutió. Ahora junto al celular hay un resto de papa frita. Parece cortada a cuchillo, ¡qué suerte!, no son las de Mac Donald.

Por la orilla tres muchachos empujan un carro con grandes ruedas y un cartel que dice choclos. Van contra el viento, los tres empujan inclinadísimos. La lona que cubre el carro para dar sombra a los choclos empieza a desatarse de la esquina izquierda. Uno de los muchachos, el de malla azul y amarilla que le cubre hasta debajo de las rodillas intenta enroscarla pero la lona se desata y se va por la orilla. Esto fue hace un segundo y ya no se la ve, se perdió volando rasante por el piso para el balneario que da al sur. Ahora el viento es fuerte furioso y claramente del sur.

Los surfers ya no están en el agua. El mar está picado y movido. Las olas ya no forman tubos. En la orilla quedan algunos turistas que recién llegan, seguramente salieron de la ciudad con un clima más apacible. Se los ve sorprendidos. No saben qué hacer. Los carperos están levantando las lonas de las carpas y desatando algunas para que el viento no las arranque. Estos días al viento hay que dejarlo pasar para que no dañe, de nada sirve querer frenarlo, solo haría destrozos. La bandera roja flamea a tal velocidad que parece quieta.

*El viento un día (cansado de ser viento) se posó suave sobre la tierra, queriendo descansar.*

*La tierra lo recibió cálida, húmeda. Lo acompañó en sus soplos y juntos hicieron valles, montañas, algunas olas.*

*Y así anduvieron un tiempo, hasta que la tierra se secó.*

*Ella necesitaba agua.*

*Y el viento que desconoce lo que es beber, herido y celoso, arrasó.*

Las pompas de espuma son cada vez más pequeñas y corren cada vez más rápido. No veo al salchicha; espero que no lo hayan dejado en el auto al sol. Estos días son peligrosos y es posible insolarse porque los autos levantan mucha temperatura al sol.

Yo sigo en la terraza, ya duchada y con los shorts, me separa del bar una carpintería de aluminio que hace tiempo que no repasan. Me detengo en una pareja de chicos de unos 25 años. No son marplatenses, eso lo sé. También sé que son estudiantes, mientras los

observo, veo a la familia de la carpa irse por la terraza mientras ella le recrimina no haberse calzado para entrar al bar, y él le responde un “a mí qué me importa”. Los chicos me miran cómplices. Ni a los chicos ni a mí el viento logró intimidarnos, los cuatro seguimos en la terraza. Nos resistimos a entrar al bar cuyas ventanas son todas fijas, la música está alta, y los humos y olores de la cocina alcanzan las mesas. Acá afuera es un día de playa. Algo me toca la pierna y me sobresalto. Bajo mi mesa y entre mis ojotas veo al salchicha. ¿De dónde apareció? Lo acaricio. Se lo ve asustado. Busco lentamente con la mirada para no preocuparlo, a ver si veo a su familia. No la veo. ¿Se habrán ido sin el perro? Cómo no sé qué hacer lo acaricio, el viento lo asusta, se nota. Quizá sea de una provincia poco ventosa y sin mar, un perro turista, los perros marplatenses se comportan de otro modo frente al viento y el mar. Es de un color dorado casi fuego, las patitas cortas, la orejas quizá un poquito largas tipo Basset. Tiene la cola metidísima entre las patas. Lo alzo, porque es petizo para hablarle, le digo que no se preocupe y lo sigo acariciando. Parece que me entiende, lo veo menos preocupado, lo pongo en mi falda, es chiquito, se acomoda y se duerme, yo sigo escribiendo.

La pareja de estudiantes a mi lado conversa entre pitada y pitada, creo ver un atado de Marlboro mientras el humo que me trae el viento me recuerda cuando fumaba. El salchicha se acomodó en mi falda y ahora hace un leve ronquido, creo que está exhausto.

Voy por el segundo café y el sol ya está detrás del acantilado, la sombra de mi mesa ya es tan larga que se cae de la terraza. El viento sigue fuerte y del sur, en el bar ya no hay nadie, el mozo empieza a levantar las sillas y acomodar las mesas. La pareja que tomó la concesión del bar discute detrás de la caja. La señora del baño que insiste en llamarme señora lo cierra con llave, recién salió la última chica con el pelo mojado de la ducha. Juan apila las sillas de playa dentro de las carpas y revisa que no haya quedado nada. Es hora de pegar la vuelta. Alzo al salchicha y busco el auto para volver a casa. Mañana será domingo de reyes.